

272
2017
4º Trim.

iglesia viva
pensamiento crítico y cristianismo

iviva

Crisis civilizatoria y postcapitalismo

**Teresa Forcades i Vila (coord.)
José Antonio Zamora
Genevieve Vaughan
Francisco Porcar Rebollar**

También escriben:

Emilio Santiago Muíño y Ana Eva Jarabo
Permanentemente desequilibrados

Daniel Jover
Crisis económica y crisis civilizatoria

Neus Forcano i Aparicio
*Christiania, la Ciudad libre de
Copenhague*

iglesia viva

pensamiento crítico y cristianismo
revista trimestral fundada en 1966
directora: Teresa Forcades i Vila

nº 272, octubre-diciembre 2017

coordinadora del número: Teresa Forcades i Vila

**Crisis civilizatoria
y postcapitalismo**

Crisis civilizatoria y postcapitalismo

PRESENTACIÓN

- 5 *La profundidad de la crisis y el realismo de la esperanza cristiana*
Teresa Forcades i Vila

ESTUDIOS

- 11 **Crisis del capitalismo: callejones sin salida y transiciones postcapitalistas**
José Antonio Zamora
- 41 **La economía del don materno. Una revolución pacífica**
Genevieve Vaughan
- 63 **Una nueva lógica para recuperar nuestra humanidad: La dignidad de la persona y el bien común**
Francisco Porcar Rebolgar

CONVERSACIONES CON...

- 85 **Emilio Santiago Muñío. Permanentemente desequilibrados**
Ana Eva Jarabo

ANÁLISIS SOCIORRELIGIOSO

- 107 **Crisis económica y crisis civilizatoria**
Daniel Jover

SIGNOS DE LOS TIEMPOS

- 123 **En contra del Estado autoritario y fuera de la ley: Christiania, la Ciudad libre de Copenhaguen**
Neus Forcano i Aparicio

CONVERSA
CIONES
CON...

Emilio Santiago Muíño.
Investigador y activista ecosocial
Permanentemente desequilibrados

Anna Eva Jarabo. Consejo de Dirección de Iglesia Viva. Barcelona

“Los seres humanos estamos condenados a tantear la sostenibilidad de nuestras sociedades sin llegar nunca a un lugar óptimo, a un final de la historia, corrigiendo oscilaciones al paso, sin poder evitar provocar, más pronto o más tarde, nuevos desequilibrios. Como la piedra de Sísifo, la sostenibilidad es una tarea antropológica que no terminará jamás”.

Emilio Santiago Muíño es doctor en Antropología Social por la Universidad Autónoma de Madrid. Investigador del grupo transdisciplinar sobre transiciones sociológicas. Fundador del Instituto de Transición Rompe el Círculo e impulsor del movimiento Móstoles, Ciudad en Transición. Ha publicado diversos artículos en revistas de investigación y tres libros: (2015) *No es una estafa, es una crisis (de civilización)*; (2016) *Sentir Madrid como si existiera un todo: geografía poética y etnografía reencantada de una ciudad*; (2016) *Rutas sin mapa. Horizontes de Transición Ecosocial*, que ha sido reconocido con el Premio Catarata de Ensayo en el 2015.

¿Emilio, cómo te gustaría que te presentara?

Añadiría a todo lo que ya has dicho, que actualmente trabajo de director de Medio Ambiente en el Ayuntamiento de Móstoles, intentando impulsar el proceso de transición ecosocial en la ciudad.

Siguiendo el recorrido de tus publicaciones he dividido nuestra conversación en dos partes. Una primera parte de análisis de la situación actual y una segunda de propuestas concretas. Empezamos...

Primera parte: Crisis de la civilización capitalista.

En No es una estafa es una crisis de civilización explicas con total precisión las consecuencias del peak oil que se ha sobrepasado en el 2006. ¿Por qué se considera que se ha llegado al declive y qué relación existe con la Tasa de Retorno Energético?

Entre los años 2005 y 2006, aproximadamente, hemos llegado al techo histórico o cénit de extracción mundial de petróleo convencional, el petróleo de buena calidad que ha cimentado el auge de la segunda revolución industrial y el desarrollo económico de los siglos XX y XXI, que ahora ya se encuentra en declive (producimos menos petróleo "bueno" cada año). Esta es una realidad física admitida por las más altas instancias de la oficialidad geológica, aunque difieran del discurso ecológico en la interpretación de sus implicaciones. Para entender esta idea de techo o cénit hay que explicar que la explotación de recursos fósiles (y otros minerales) funciona siguiendo un comportamiento que se asemeja al de una campana: hacia la mitad de los recursos consumidos en un yacimiento, la extracción comienza a ser geológicamente más difícil y esto se traduce en un declive progresivo de la disponibilidad del recurso. Esto que pasa en un yacimiento concreto se puede extrapolar a un campo, una región, un país o el mundo entero.

Desde esa fecha, 2005-2006, todo el déficit de petróleo que necesitamos lo estamos supliendo con petróleos no convencionales: algunos son derivados de petróleos muy pesados, como las arenas bituminosas de Canadá. Hay también líquidos del gas natural, que no sirven para todas las funciones industriales del petróleo. Y otros petróleos extraídos mediante costosísimas técnicas como la hidrofractura, conocida por su nombre en inglés, fracking. Estos son petróleos con muy baja rentabilidad energéti-

ca, que es cómo podríamos denominar al concepto técnico de *Tasa de Retorno Energético* en un lenguaje divulgativo: petróleos que exigen invertir mucha energía para extraer de ellos algo de energía. Como la energía que devuelven a la sociedad es poca, y a un alto precio (económico, social y ambiental), somos muchos los que sospechamos del futuro de estos petróleos no convencionales. Seguramente se parecen más a una prórroga, o a una fiesta de jubilación de la industria, que a un nuevo *El Dorado* en el que basar un siglo XXI de prosperidad equiparable a la que posibilitó el petróleo en el siglo XX.

Por todo ello no es casual que desde el año 2007 la economía mundial se rompiera por su eslabón más débil (la financiarización delirante a la que se había entregado el neoliberalismo). Y desde entonces vivamos empantanados en un capitalismo disfuncional, que parece que solo sabe volver a crecer, de modo muy mediocre, a base de encadenar terribles sacrificios humanos (recortes sociales, devaluaciones salariales, crecimiento de la exclusión...). Tampoco es casual que la geopolítica de las últimas dos décadas gravite alrededor de las últimas fuentes de combustibles fósiles de calidad y la red global de rutas que posibilitará transportarlo.

¿Qué otros factores influyen en la crisis de civilización?

El declive de la fuente energética más importante para la sociedad moderna es solo uno de los aspectos de la crisis civilizatoria en marcha. El cambio climático es quizá la arista más conocida: tras casi tres décadas de reflexión y acción alrededor del calentamiento global que está produciendo la actividad de la sociedad industrial, la emisión de gases de efecto invernadero no se ha reducido, sino que se está acelerando. Hoy añadimos tres veces más gases de efecto invernadero de lo que añadíamos en los años sesenta. En conclusión, estamos cada vez más lejos de poder alcanzar unos objetivos oficiales que, seguramente, pecan de optimistas. De hecho, el escenario más probable que maneja el último informe del IPCC es una subida de unos cuatro grados de aquí a final de siglo XXI.

¿Y qué consecuencias conlleva todo ello?

Entre otras muchas, quiero destacar algo tan grave como la pérdida de productividad agrícola de las cosechas mundiales durante el siglo XXI, un fenómeno que se va a traducir en guerras, procesos masivos de migración y un grado de inestabilidad política sin duda explosiva.

Y como el choque con los límites del planeta es multidimensional, podríamos señalar otros muchos frentes problemáticos: el proceso de destrucción de biodiversidad es tan intenso que muchos científicos han calificado a nuestro momento histórico como la sexta extinción masiva de la historia de la vida en el planeta; el nivel de consumo de agua dulce, y el grado de pérdida de suelo fértil, está muy cerca de los umbrales máximos de seguridad; los océanos se acidifican; la contaminación química crece a una velocidad mucho mayor que nuestra capacidad de analizarla y controlarla políticamente...

Si hubiera que resumir este estado de cosas en un lema sencillo, podríamos decir que llevamos casi cuarenta años viviendo por encima de nuestras posibilidades ecológicas, aunque este festín destructivo se haya repartido de modo muy desigual entre los nortes y los sures sociológicos (no debemos olvidar que además de la fractura global Norte-Sur hay también sures en el Norte y nortes en el Sur). Actualmente estamos ya sobrepasados. Existe consenso de que en 1980 se superó la capacidad de carga del planeta. Esa cuenta que cargábamos al futuro está empezando a ser reclamada: el futuro ya está aquí y quiere cobrarse nuestros excesos.

Cuando estudiaba biología, a finales de los 80, el Dr. Ramon Margalef, entonces catedrático emérito de Ecología Marina, ya daba graves señales de alarma de la sobreexplotación de los ecosistemas, de la acidificación de los océanos, de la disminución de la capa de ozono,...

Efectivamente, el diagnóstico de la extralimitación no es nuevo. Ya en 1972 tuvo lugar la publicación de uno de los libros más importantes del siglo XX: el informe *Los límites del crecimiento*: un estudio muy bien fundamentado desde la dinámica de sistemas y usando los ordenadores más potentes de la época, que dibujaba los cursos futuros de la civilización industrial. Y que demostraba que de no cambiar la trayectoria de crecimiento exponencial los límites ecológicos del planeta serían sobrepasados y el resultado más probable desembocaría en un colapso de la modernidad. Ese también fue el año, por cierto, de la primera cumbre de la Tierra en Estocolmo.

¿Qué ha pasado para obviar durante tantos años la realidad y empeñarnos en un comportamiento colectivo tan autodestructivo?

Es evidente que la defensa de intereses creados alrededor del enriquecimiento privado y el beneficio empresarial ha jugado un papel clave, alimentando fuertes resistencias a la reforma ecológica. También el cortoplacismo de la política moderna, que además de vivir unida en sagrada alianza con el proyecto del capital también está muy limitada por sus propias restricciones institucionales. Más allá de los intereses particulares hay que entender que el capitalismo es un sistema estructuralmente orientado al crecimiento, que solo sabe funcionar, y dar respuestas (malas, pero respuestas al fin y al cabo) ante los problemas de la vida en una lógica de expansión perpetua. Por tanto, los problemas ecológicos se han ignorado, esencialmente, porque abordarlos con coherencia y racionalidad hubiera implicado abrir la cuestión del sistema y cuestionar el capitalismo.

Además, en el plano de las ideas, somos sociedades ecológicamente analfabetas, atravesadas por dos mitos que distorsionan mucho la percepción de la encrucijada en la que nos encontramos. Uno es la tecnolatría, la fe irracional en que la tecnología nos salvará y permitirá responder a los límites biofísicos del crecimiento haciendo crecer estos límites. Otra es la mercadolatría que se deriva de las concepciones de la economía neoclásica, que parte de axiomas física y geológicamente tan absurdos como la sustituibilidad de los recursos o la capacidad de los precios de valorar la dimensión cualitativa de la riqueza: para las economías convencionales da igual que el petróleo se agote, porque las subidas de precios estimularán la búsqueda de nuevos petróleos (como si la Tierra fuera plana, y no una esfera limitada) o bien el hallazgo de un recurso alternativo que cumpla su papel (como si el petróleo no fuera una materia prima cualitativamente inigualable por su densidad energética, por darse en estado líquido a temperatura ambiente, por producirse en un proceso geológico de millones de años que es inimitable por la técnica humana...).

Si tenemos ya pruebas claras de la extralimitación desde los años setenta, ¿por qué se plantea el colapso como una idea nueva?

Creo que se podrían dar dos ideas al respecto. Por un lado, el diagnóstico de extralimitación planteó siempre una ventana de oportunidad. Un tiempo para corregir el rumbo de la nave. Es la inacción acumulada durante décadas la que va perfilando el colapso como el desenlace más probable de la aventura de la Modernidad, algo que no tenía por qué haber sucedido así, pero que se nos va imponiendo. Hasta el punto que nuestra civilización

seguramente está colapsando. Esto es, que el colapso sea algo que hay que conjugar en presente continuo. Una constatación que en la época de las clases de Margalef a las que aludías solo era una potencialidad entre otras. La otra idea es que la noción de colapso sigue siendo absolutamente contraintuitiva para una sociedad que ha hecho del mito del Progreso la columna vertebral de su cosmovisión, y que cree, con un fanatismo impermeable a cualquier duda razonable, que el futuro siempre será mejor que pasado. En otras palabras: el colapso es nuevo en tanto que se trata de una noción nueva para la gran mayoría de una población instalada en otros lugares ideológicos y en otras expectativas.

Por cierto, es importante señalar, para evitar equívocos, que el colapso es un concepto histórico y hay que pensarlo como tal: a nuestros ojos va a adoptar más la forma de una lenta enfermedad degenerativa que de un shock cinematográfico. Utilizando una imagen muy clarificadora de Luis González Reyes y Ramón Fernández Durán, se parece más a una piedra rodando por una pendiente que a una piedra cayendo al vacío. Tampoco podemos olvidar que esta tendencia al colapso no tiene un único final asegurado: a pesar del cierre de la ventana de oportunidad, el futuro sigue estando esencialmente en disputa. Durante un tiempo, que cada vez se hace más corto, creo que es adecuado pensarnos como situados en un punto de bifurcación. Y lo que pase en las próximas dos o tres décadas nos coloca ante la disyuntiva de que lo que hemos conocido como Modernidad, pueda ser una matriz civilizatoria viable para el tercer milenio, o quiebre. Es decir, existen posibilidades de que el siglo XXI desemboque, y voy a decir algo de implicaciones inmensas, en un hundimiento general del patrón de vida moderno mediante un auténtico naufragio antropológico; pero también existen posibilidades de que efectuemos como sociedades una suerte de aterrizaje de emergencia, que podría adquirir los rasgos de un colapso humanizado.

¿Por qué las tecnologías ecoeficientes resultan ya insuficientes?

Para evitar ser calificado de romántico ludita o tecnófobo, diré que hay mucho trabajo que hacer en el terreno de la optimización tecnológica y la ecoeficiencia. Las tareas y los retos de perfil técnico son inmensos, y debemos explorarlos. Por enumerar alguno de estos desafíos: volver a vivir del generoso salario del sol y no de esa herencia peligrosa de sol concentrado que son los combustibles fósiles mediante las energías renovables y una importante electrificación de la economía; también una relocalización

radical de la vida social, producir y vivir en distancias cortas; encaminarnos hacia el cierre de todos los ciclos; alargar la vida útil de los productos... Pero esta cuestión de la optimización ecológica es preciso ponerla en un segundo plano porque su contribución es problemática. Por si sola puede provocar un efecto rebote, conocido como paradoja de Jevons. Además, es la estrella argumentativa del capitalismo verde, y en el campo de la batalla del discurso es imprescindible apostar por la autocontención más que por la ecoeficiencia. La razón es que la primera trae de suyo la segunda, pero si invertimos los términos no sucede: podemos imaginar sociedades que profundicen en su insostenibilidad de modo muy ecoeficiente. Por ejemplo, si intentan sustituir el actual parque automovilístico de coches con motores de combustión por coches eléctricos, lo que agotaría las reservas de minerales esenciales como el litio o el platino.

Es decir, que muchas de las nuevas tecnologías supuestamente verdes solo lo son en apariencia...

Si analizamos su ciclo de vida de modo completo, y sin hacernos trampas al solitario, comprobaremos que se trata de aparatos altamente demandantes de energía y materiales (agua, minerales), con procesos de extracción, fabricación y comercialización globalizados... Vivimos en una sociedad que es una maestra en ocultar daños, tanto ecológicos como sociales, y externalizarlos, es decir, barrerlos debajo de la alfombra. Esto también sucede con la supuesta desmaterialización de la economía, que no es más que un reparto globalmente injusto de los impactos ecológicos de la producción moderna. La otra cara de la moneda de las *Green Smart Cities* (ciudades ecointeligentes) europeas es China convertida en un inmenso taller dickensiano, que está quemando carbón y contaminando su aire hasta el punto de afectar a la fotosíntesis de las plantas (además de pisar a fondo el acelerador del cambio climático).

Además, no se puede dejar de insistir en que la tecnología no es una variable independiente: necesita estar envuelta en una sociedad viable para ser funcional y a su vez la sociedad en una relación de intercambio de energía y materiales con la biosfera que se pueda mantener en el tiempo. Por ello en la historia abundan los parones o hundimientos tecnológicos en momentos de colapso, y quizá podamos enfrentar en el siglo XXI algo parecido. Ante un futuro tan incierto, no podemos confiar tan ingenuamente en la omnipotencia del desarrollo técnico.

Finalmente, el argumento definitivo para rebajar el optimismo técnico y colocar los avances en ecoeficiencia en un importante pero secundario lugar es que si seguimos empotrados en un sistema económico orientado al crecimiento exponencial infinito, como es el capitalismo, la tecnología podrá aplazar temporalmente, pero nunca evitar, el choque con los límites biofísicos de la Tierra. Es decir: los cambios de perfil más técnico tendrán un recorrido corto si no somos capaces de reducir nuestros patrones de consumo. Lo que nos sitúa en otros planos de cambio mucho más complejos de los que abordan los ingenieros, como son el cambio socioeconómico y el cambio de paradigma cultural.

¿El declive energético deriva en la crisis económica y social que estamos viviendo: paro, trabajos precarios, graves desigualdades sociales, etc?

Ganaremos mucho para comprender la situación compleja del presente si intentamos evitar esquemas unidireccionales o reduccionistas. No toda la crisis socioeconómica que se inició en 2008, y que hoy se ha cronificado, puede leerse en clave de declive energético. El declive energético es un factor, y es un factor central en el que merece la pena insistir. Sobre todo para rebatir los discursos económicos más convencionales, que en su ignorancia ecológica lo niegan o lo minusvaloran. Pero el capitalismo es un sistema socioeconómico atravesado por contradicciones estructurales suficientemente desgarradoras como para tenerlas en consideración en el análisis en sí mismas. De hecho, en el capitalismo las crisis son un proceso consustancial a su despliegue, necesario y recurrente, y responden a causas que son puramente socioeconómicas: los ciclos largos de agotamiento de las posibilidades de inversión rentable que dibujan la historia del capitalismo como una serie de olas, la famosa caída de la tasa de ganancia, la progresiva sustitución del trabajo por maquinaria, el crecimiento de las desigualdades... Y también elementos menos estructurales, como la acumulación insostenible de deuda, la financiarización delirante y la creación de burbujas económicas, o en nuestro caso, algo tan coyuntural como la arquitectura monetaria de la zona euro... Seguramente, aun sin estar entrando en un horizonte de descenso energético, algo parecido al crack del 2008, quizá menos intenso y sobre todo con menos capacidad de enquistarse, hubiera sucedido por la acumulación de desequilibrios de un capitalismo que es, por naturaleza, un sujeto maniaco-depresivo.

En este sentido, y tras diez años de crisis, que son solo un preám-

bulo de lo que está por venir, he percibido algo que merece ser reflexionado con mayor profundidad, sobre todo a la hora de pensar las intervenciones políticas que necesitamos. El declive de la tasa de retorno energético que nos atraviesa no será nunca visible en sí mismo. Lo que hace es expresarse exacerbando las tensiones y las problemáticas ya existentes: desde el crack financiero neoliberal de 2008 hasta la disputa nacional territorial del encaje (o desencaje) de Catalunya en España, pasando por la tendencia irrefrenable al incremento de la desigualdad. La consecuencia más visible del declive energético en curso es que el campo de lo posible mengua y la tarta se hace más pequeña. Por tanto las fricciones competitivas preexistentes, que son innumerables, reaccionan intensificando la presión. Por cierto, este incremento de la presión no sucede de modo automático, sino a través de mediaciones políticas y culturales: como en Europa es la derecha política quien va ganando la imposición del relato, la consecuencia es que crece más la tensión competitiva autóctono-inmigrante, por ejemplo, que la tensión elite-ciudadanía o entre clases sociales.

Expones en No es una estafa que de la crisis socioecológica no se podrá salir a través de parámetros capitalistas, pues el perpetuo crecimiento capitalista choca con la escasez energética.

Lo que augura una futura realidad económica poscapitalista es precisamente el impedimento físico y energético para perpetuar la expansión de la actividad material humana. El capitalismo depende del incremento de los beneficios, e históricamente se ha demostrado que esto no es posible sin un aumento del consumo energético, que curiosamente precede al crecimiento económico. Traducido a un lenguaje muy intuitivo sería como decir: no se pueden obtener ganancias si antes no es posible hacer más cosas, ya que es la energía disponible la que posibilita efectuar cualquier trabajo. Como el siglo XXI va a suponer el techo histórico del incremento energético útil para la humanidad, también supondrá el fin del sistema socioeconómico que identificamos como capitalismo. Sin embargo, hay que ser precavidos. El concepto "fin del capitalismo" puede llevar a equívocos. En ningún caso se trata de un acontecimiento, esto es, un umbral temporal definido que se pueda traspasar con conciencia explícita de cambio. Más bien será un proceso difuso, un período muy largo de mutación hacia algo distinto, en el que además las lógicas capitalistas demostrarán mucha resiliencia. Por ejemplo, entrando en una primera fase,

que ya se vislumbra, de “juego depredador de suma cero”, donde el crecimiento simultáneo de la economía global llegará a su fin, pero el crecimiento asimétrico tendrá mucho margen de maniobra. En ese escenario será todavía económicamente posible crecer a costa del empobrecimiento profundo de otras regiones, países o grupos sociales. Además, poscapitalismo es un término formulado de modo negativo: no sabemos que puede venir después, y nada asegura que este sistema tenga que ser más justo, vivible o racional.

Segunda parte. Rutas sin mapa. Horizontes de transición ecosocial.

*¿Qué te llevó a fundar el Instituto de Transición Rompe el Círculo?
¿Qué entidades se sumaron al proyecto y cómo surgió la idea de
trabajar conjuntamente?*

El *Instituto de Transición Rompe el Círculo* lo fundamos un grupo de gente que veníamos del activismo social más convencional, especialmente del mundo anarquista, y comprendimos que fenómenos como el pico del petróleo en particular, y realidades como la extralimitación ecológica en general, transformaban radicalmente el campo de acción y alteraban las reglas del juego. Las tradiciones emancipadoras de la Modernidad, como el socialismo y sus familias, donde teórica, política, ética y vitalmente me enmarco, deben ser profundamente revisadas al calor de una situación, que como dice Naomi Klein sobre el cambio climático, sencillamente lo cambia todo.

Para responder a la pregunta con exactitud es preciso distinguir entre el *Instituto de Transición Rompe el Círculo* y el proyecto *Rompe el Círculo*, que por suerte nos desborda. El *Instituto de Transición Rompe el Círculo* somos un pequeño colectivo que trabaja la transición ecosocial en tres ámbitos (investigación, divulgación e iniciativas prácticas) y que funciona como una suerte de núcleo permeable muy activo pero inserto en un ecosistema de colectivos y luchas más amplio, que le sirve de caja de resonancia. El proyecto *Rompe el Círculo* es uno de esos proyectos prácticos que impulsamos nosotros inicialmente, y que por suerte nos ha desbordado y se nos ha ido de las manos: un espacio físico (un local) y un espacio social pensado para reinventar la emancipación social en la era del colapso. Y esta cosa tan grandilocuen-

te la adaptamos a nuestro contexto más cercano promoviendo un lugar de convivencia entre colectivos y personas muy distintas bajo unas premisas básicas: promover cambios sociales emancipadores desde un perfil ideológico bajo, apostando por la diversidad, articulando comunidad más allá de lo político (comunidad de vida), introduciendo el reencantamiento de la vida cotidiana como frente específico de preocupación y teniendo en consideración la crisis ecológica.

Es en *Rompe el Círculo* donde conviven muchos proyectos diferentes que aprovechan el espacio físico conformando un ecosistema de relaciones. Y el Instituto de Transición es un proyecto más. Allí han tenido o tienen su lugar de encuentro y trabajo colectivos feministas, en defensa de la escuela pública, de la vivienda, asambleas de trabajadores, grupos de consumo ecológico, medios de prensa autónomos y autogestionados como Voces de Pradillo, en su momento tuvieron sitio también las comisiones del 15M, hoy participa del espacio la candidatura municipalista GANAR Móstoles... Y también proyectos de autoempleo personal relacionados con el diseño, la música, las clases particulares, el trabajo con niños y niñas... Además de ello el espacio desarrolla o ha desarrollado muchos proyectos de articulación barrial diversos, desde fiestas y eventos culturales hasta un banco de alimentos.

Y es necesario decir que el proyecto *Móstoles Ciudad en Transición*, del que el Instituto de Transición funciona como grupo motor, desborda también las fronteras físicas y sociológicas de este espacio para tejer una red de complicidades más amplia, que incluye por ejemplo al *Centro de Arte 2 de Mayo*, el museo de arte contemporáneo de la Comunidad de Madrid situado en Móstoles, con el que trabajamos con muy buena sintonía desde hace cinco años, o también la concejalía de Medio Ambiente de la ciudad, con quien empieza a existir una articulación fructífera.

Descrito puede parecer confuso, porque es difícil simplificar la frondosidad real de una red de relaciones como la que se da en cualquier tejido socialmente vivo. "Juntos y revueltos" podría resumir bien una situación que, por cierto, en parte es intencional (y en parte fruto de las contingencias y del día a día): trabajar conjuntamente, sin perder autonomía, y respetando la diversidad, es la única posibilidad de que colectivos minúsculos en número pueden tener una incidencia social real sin por ello desdibujar la particularidad de cada propuesta.

El proyecto está englobado dentro del paraguas del Movimiento

de Ciudades en transición postcapitalista. *¿Cuándo y dónde surge este movimiento?*

Una precisión: el movimiento en transición no es poscapitalista. Uno de nuestros focos de actividad como colectivo, en el *Instituto de Transición Rompe el Círculo*, es precisamente introducir el debate del poscapitalismo en el movimiento.

Como movimiento, nace en Kinsale (Irlanda) en el 2005, del trabajo de un grupo de permacultura. El concepto es popularizado por Rob Hopkins en 2006 en referencia a su pueblo natal, Totnes, en el sur de Inglaterra, que hoy es el referente mundial de las ciudades en transición. Las premisas del movimiento son cuatro: (i) un futuro con menos energía es inevitable; (ii) nuestra sociedad es altamente vulnerable, por el grado de dependencia de los combustibles fósiles, a un futuro con menos energía (iii) sólo se puede actuar colectivamente, y hay que actuar ahora y (iv) puede haber final feliz, es decir, podemos crear sociedades habitables y justas dentro de los límites del planeta.

El objetivo del movimiento es hacer que los barrios o las ciudades ganen en resiliencia local. Esto es, en capacidad de adaptación, ante las turbulencias que anticipan fenómenos como el cambio climático o el pico del petróleo. Para ello se alejan de las prácticas y los discursos habituales del ecologismo al plantear una actividad mucho más constructiva que reivindicativa o de denuncia, y que pone su esfuerzo en el cambio práctico del modelo productivo para ganar en soluciones concretas en distintos ámbitos (energía, alimentación, comercio local, transporte...). Es un movimiento que interpela de modo permanente a la creatividad, el ingenio colectivo, la esperanza y que además presta una serie de atenciones muy singulares al cuidado comunitario de sus activistas.

Supongo, aunque es una intuición personal sin fundamento, que transición es una palabra que se ha ido imponiendo en tanto que remite a una gran transformación social pero se aleja de marcos léxicos propios de las cosmovisiones políticas del siglo XX, como la dicotomía revolución-reforma.

Te muestras bastante crítico con algunos aspectos de este movimiento de Ciudades en Transición. ¿Por qué?

A nosotros nos seducen muchos planteamientos de las ciudades en transición, pero nos distancian otros muchos. La ausencia de

un análisis poscapitalista es uno de ellos. Entendemos que no hablar de poscapitalismo puede ser un acierto comunicativo en un mundo donde el nombre del socialismo está tan manchado por la experiencia del socialismo real. Pero es un inmenso error de diagnóstico. El problema de nuestro sistema económico no es la escala, como a veces parece entreverse en el discurso del movimiento de *Ciudades en Transición* y sus apelaciones a la relocalización económica: son sus dinámicas estructurales basadas en el régimen de propiedad, la acumulación tautológica de capital o la universalización de las relaciones mercantiles. La megalomanía de escala de la producción moderna, que es ecológicamente suicida, es solo un síntoma del imperativo de acumulación de capital. Del mismo modo, es un movimiento que tampoco tiene en cuenta el problema de la redistribución de la riqueza, lo que en una crisis de civilización cuya primera manifestación es la exclusión social es un déficit inmenso.

Quizá el punto débil más destacado del movimiento es su apoliticismo. Manejan una idea de inclusión social sin límites que es pueril: en las *Ciudades en Transición* no solo se reedita lo mejor del socialismo utópico del XIX, como la idea owenista de construir la contrasociedad. Se reedita también lo peor, la ingenuidad histórica de la que estas expresiones hicieron gala. Que un problema como la crisis socioecológica sea transversal, que afecte a todo el mundo, no significa que su solución vaya a ser armónica, sin intereses contrapuestos. Al contrario: es evidente que ante la crisis socioecológica hay una pluralidad de opciones (que van desde el genocidio desatado por un ecofascismo bélico e imperialista a un ecosocialismo libertario de base local). Y por tanto divergencia social y planes alternativos para el conjunto de la sociedad. En definitiva, conflicto político. Frente a lo que se pretende desde el movimiento de *Ciudades en Transición*, que aspiran a superar la política en una acción puramente constructiva y totalmente inclusiva, la politización de la lucha por la sostenibilidad será un proceso inevitable porque la sostenibilidad puede descansar en proyectos de sociedad antagónicos. Digamos que este movimiento, en el reordenamiento de los esfuerzos hacia las tareas constructivas, que es un desplazamiento necesario, se ha pasado y ha llegado a olvidar que el conflicto jugará un papel inevitable. Sobre el conflicto, creo que la postura más sabia, que nos corresponde poner en práctica, es no buscarlo, sino limitarnos a encontrarlo. Y si tenemos éxito en nuestras tareas constructivas sin duda se dará.

Otro punto débil del movimiento es su tic localista. No podemos olvidar la escala de intervención nacional. Por una serie de razones que en su momento tuvieron sentido, los movimientos sociales pendulan hoy entre una acción puramente local y otro tipo de acciones que se pretenden internacionales, como los foros sociales. Y nos estamos dejando fuera el ámbito que, con sus muchas limitaciones, sigue afectando más a la vida cotidiana de la gente, que es aquel que regula las políticas del Estado.

Por último, la preocupación por los cuidados comunitarios de los activistas, aunque tenga un aspecto positivo, en muchas ocasiones parece sentar las bases de una suerte de terapia de grupo que se alimenta de sí misma, sin pretensión de incidir más allá, de un modo más objetivo que subjetivo o biográfico.

La construcción de alternativas postcapitalistas la concibes como un proceso no definido (una ruta sin mapa), totalmente dinámico, elaborado desde la creatividad y a través de la suma de iniciativas de entidades y personas muy diferentes. Un activismo muy participativo. ¿De qué manera este activismo silencioso y perseverante puede producir cambios positivos duraderos?

El capitalismo es un sistema ecológicamente y socialmente inviable, que ha entrado en un estadio que lo encamina hacia el colapso, y cuyo mantenimiento nos conduce a un naufragio antropológico antes de final de siglo. Pero tras el fracaso del socialismo real en el siglo XX nadie sabe con certeza que puede ser el poscapitalismo, al menos un poscapitalismo fiel a la promesa emancipadora que tuvo el socialismo. Por tanto, el poscapitalismo además de ser una urgencia, y un milagro político, es una *terra incógnita*. Algo en lo que tenemos que indagar con cierto talante de exploradores y exploradoras. Por ello hablo de rutas sin mapa.

Y en esta tarea de exploración, el papel de los movimientos sociales es esencial. El movimiento social es la avanzadilla en todos los aspectos: cultiva la impaciencia y la intolerancia ante las injusticias, hasta el punto que es capaz de desarrollar la acción directa y los hechos consumados, que es la mejor forma de dinamizar los procesos de cambio histórico; también es el laboratorio de los experimentos prácticos, de los embriones del mundo nuevo que se debe construir, y donde se pueden explorar los nuevos códigos que construyan un imaginario distinto, nuevos mitos, nuevas ilusiones. Son los movimientos sociales los que detectan los puntos débiles y abren las brechas en el sentido común, al principio de un modo histriónico, pero luego lo supuestamente radical se

normaliza. Digamos que el movimiento social debe abrir el camino de la transición ecosocial por delante, al mismo tiempo que la empuja por detrás y la contagia por los flancos.

Sin embargo, hay un problema que es preciso comprender: por las propias necesidades vitales de los activistas, por su mismo cansancio, el activismo funciona por ciclos. Por subidas y bajadas de la marea de la movilización. En un esquema ideal, esto se puede compensar gracias a la política institucional, a la que le tocaría un papel de retaguardia, de dar cobertura a los cambios, de cristalizar sus propuestas en forma de legislación, de políticas públicas, ordenando y dando estabilidad en el tiempo a las transformaciones que los movimientos alientan. Digo en un esquema ideal porque en la práctica lo que podría ser una simbiosis enriquecedora tiende a degradarse en círculos viciosos (cooptación institucional, enguetización de los movimientos) difíciles de desactivar.

Las entidades que forman Rompe el Circulo son muy diversas y plurales. ¿Qué relevancia tiene la diversidad de sensibilidades en la transformación social?

La sociodiversidad, como la denomina Boaventura Sousa Santos, es un caldo de cultivo imprescindible para repensar la emancipación social en el siglo XXI. Esta es una lección biomimética, como dice Jorge Riechmann, en la que la observación de los patrones de la naturaleza nos da pistas interesantes. Al igual que el monocultivo botánico supone la degradación de un huerto, y lo vuelve terriblemente vulnerable ante plagas o incidencias externas, el monocultivo ideológico merma mucho la capacidad de intervención real en la transformación social de los proyectos políticos. El siglo XX nos ha dado una buena lista de pruebas de las dinámicas terribles del monocultivo ideológico. Por el contrario, diversificar las apuestas, los planteamientos, las estrategias políticas, las tácticas dentro de un horizonte mítico compartido con unos mínimos (emancipación social) diversifica también las opciones. Y abre el abanico de las respuestas posibles ante situaciones que no podemos prever. También la sociodiversidad es fundamental porque de la combinación de lo diferente surge lo inesperado, y del contraste de lo plural el diálogo crítico que permite a cada parte aprehender mejor las verdades del mundo, que son siempre escurridizas a cualquier pretensión de cierre parcial, y pulir los errores que inevitablemente todos cargamos con nosotros.

Como socialista y ateo, y hablando desde la inmensa ignorancia de un espectador externo, aunque también con muchísimo respeto, siempre me ha parecido antropológicamente fascinante la sociodiversidad que, al menos aparentemente, alberga la Iglesia Católica. Con corrientes ideológicas tan diferentes como el jesuitismo, la teología de la liberación o el Opus Dei operando bajo un paraguas común. Creo que esta es una de las claves para haber demostrado una resiliencia institucional de dos milenios, y algo de lo que cualquier proyecto con pretensiones de transformación civilizatoria debería aprender.

¿Qué objetivos os habéis propuesto llevar a cabo en Móstoles a largo y a corto plazo?

El objetivo es implementar la filosofía del movimiento en transición en el sur de Madrid, concretamente en la ciudad de Móstoles, buscando además desarrollar un perfil de transición más amplio. Es decir, no se trata solo de los combustibles fósiles y la transición poscarbono sino también de transitar hacia un orden social poscapitalista, aunque esto, insisto, no deja de ser un experimento cauto porque hoy por hoy es imposible trazar un programa poscapitalista ya que nadie sabe bien qué es eso del poscapitalismo, aunque sí sabemos que sin poscapitalismo no habrá sostenibilidad.

En cuanto a los objetivos más concretos, estamos intentando organizar toda una serie de proyectos, una veintena, en cuatro ejes de trabajo: economía social, cambio de modelo productivo, articulación comunitaria y educación para la transición, que sirvan para dar soluciones concretas ante retos específicos de la crisis civilizatoria al tiempo que se transforma a mejor la realidad de los mostoleños. De esta veintena de proyectos algunos ya están en fase de implementación, aunque sea a nivel piloto, y otros en fase de diseño y estudio. Incluyen desde un programa integral de agricultura y ganadería urbana o un plan de descarbonización energética en el plano del cambio de modelo productivo, al tema de la moneda social o el fomento del cooperativismo en el plano de economía social pasando por el trabajo con los colegios o el desarrollo de nodos de compras comunes y responsables, el rescate de los saberes tradicionales de nuestros mayores, o la reflexión sobre cómo narrar la transición, donde estamos haciendo un intenso trabajo de visualización utópica y participativa de la ciudad de Móstoles en el año 2030 bajo el signo de la lujosa pobreza.

En cuanto a los medios, funcionamos en base a una estrategia dual: al mismo tiempo que se negocia con el marco institucional el desarrollo de alguno de estos proyectos, y ahí mi papel como infiltrado institucional es importante, porque trabajo ahora como Director de Medio Ambiente de la ciudad, ponemos en marcha otros por nuestra cuenta hasta donde nos dejen nuestras fuerzas. Por ejemplo, al mismo tiempo que desde la Concejalía se está impulsando una importante red de huertos urbanos a nivel de toda la ciudad, que ya ha llevado el huerto a una veintena de colegios, va abrir huertos comunitarios vecinales y además contar con todo un programa orientado a la profesionalización joven en agroecología, el Instituto de Transición lleva más de cinco años experimentando con un huerto comunitario en la azotea del Centro de Arte 2 de Mayo, que sirve de lugar de articulación social alrededor de la transición y también de laboratorio de permacultura en un plano técnico.

En cuanto a los ejemplos de economía colaborativa y solidaria, estos todavía se encuentran en una fase muy embrionaria. El local de *Rompe el Círculo* posibilita espacios de autoempleo cooperativo a varios proyectos y alberga nuevos bienes comunes, como una tienda gratis. El huerto comunitario del CA2M reparte la producción como si fuera un montón de Kropotkin (de cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades). El banco de tiempo permitió el intercambio no mercantil de servicios a una amplia red de personas (pero fracasó por su artificialidad: por suerte en Móstoles todavía hay lazos de apoyo mutuo que no tienen que pasar por un dispositivo formal como un Banco de Tiempo, y la gente tendía a pedir ayuda a su familia o a su vecino antes que a un socio del banco de tiempo). Son experimentos interesantes en lo cualitativo, pero cuantitativamente muy residuales, que quizá con el apoyo futuro de políticas públicas puedan romper las barreras de los guetos militantes y empezar a despuntar como realidades a nivel de ciudad, pero aún queda un largo trecho para ello.

La participación de la ciudadanía en las decisiones conjuntas y la apuesta clara por fomentar las relaciones y los intercambios entre los residentes de Móstoles conlleva un fuerte sentimiento de comunidad en el barrio/ciudad. ¿El movimiento está abierto a todos? ¿Quién queda excluido o se autoexcluye? ¿Cómo se resuelven las desigualdades económicas dentro de la comunidad?

Creo que hemos logrado romper un poco las dinámicas endogá-

micas y autistas de los movimientos sociales ecologistas y de los movimientos sociales en general. Por ejemplo, hemos conseguido que en el tejido asociativo mostoleño exista cierta conciencia de la crisis civilizatoria, o que una candidatura política como GANAR Móstoles haga de la transición un eje constructor de su programa de gobierno. Pero si el límite del entorno lo ampliamos, en distintas capas, al resto de la ciudadanía, seguimos siendo una gente que dice cosas muy extrañas. Y aunque nos abramos sinceramente a todo el mundo, nuestra capacidad de seducción a nivel de discurso, y de involucramiento de gente nueva en el plano de activismo práctico, sigue siendo mucho más baja de lo que sería necesario para un momento tan urgente como este. Aquí hay un aspecto a mejorar importante.

Respecto a las desigualdades económicas internas en la pequeña comunidad que un proyecto como este va generando a su paso, creo que estas se pueden paliar (nunca resolver, porque el capitalismo las genera estructuralmente) trabajando intencionalmente la dimensión común de la vida: nuestras actividades son gratuitas, la participación voluntaria en el local es independiente de la cuota de socio que uno pueda poner, mucha riqueza tanto material como creativa la ponemos en común, se desarrolla vida compartida... Pero de nuevo esto no es suficiente. Y hacia lo que una ciudad en transición debe aspirar es a contar con una política pública de suelo mínimo de ingresos. Algo que escapa con mucho a las competencias municipales y que nos remite a ámbitos de lucha superiores, como las Comunidades Autónomas o lo nacional-estatal.

Aunque existe una mayor conciencia que el cambio social es necesario, en España aún estamos a años luz de reducir drásticamente el consumo y de disminuir los residuos generados. Consideras que "las viejas estructuras solo desaparecen cuando somos capaces de organizar nuevas estructuras que las sustituyen. Pero esta sustitución nunca será pacífica, sino mediada por la lucha." ¿Qué tipo de lucha será necesaria? ¿Qué acción sociopolítica ayudaría a avanzar en este sentido?

El conflicto ya se está dando en múltiples planos y un proyecto de transición ecosocial debe tomar partido: entre la necesidad de vivienda de la población y el entramado de intereses de la banca privada y los fondos buitre; entre el acaparamiento de tierras por parte del gran capital y la posibilidad de que en un medio plazo podamos desplegar una política agroecológica nacional que

repueble los desiertos demográficos interiores de la Península Ibérica; entre la privatización de los servicios biosféricos y su gestión como bienes comunes; entre el saqueo de lo público por mafias privadas y su gestión ciudadana en función de intereses sociales; entre las necesidades de la población y el pago de la deuda; entre un modelo de felicidad consumista que nos conduce inexorablemente al expansionismo militar u otro modelo de felicidad más frugal que nos permita vivir una verdadera cultura de paz, tanto entre pueblos como con la naturaleza... Podría seguir con ejemplos durante horas.

La acción sociopolítica que necesitamos implica tanto fuertes movimientos sociales autoorganizados, en distintos planos y en diferentes niveles, como poder institucional que también sea capaz de operar en los diferentes niveles de la administración del Estado. Entre ambos mundos debe haber simbiosis y vasos comunicantes, pero también tensiones y conflictos porque sus lógicas no son equiparables. Y resulta sumamente importante que esta acción sociopolítica no sea meramente reivindicativa o conflictual, sino como apunta el movimiento en Transición, dedique esfuerzo a la tarea constructiva de las alternativas funcionales. Pongo un ejemplo: por mucho que una institución abra la puerta a la economía social, si no hay en el terreno, y previamente, un movimiento sólido que organice esfuerzos e intereses alrededor de la economía social, la cosecha no dará frutos.

Defiendes que la construcción de cualquier propuesta de transformación social debe pasar necesariamente por la "lujosa pobreza": una manera más sencilla y austera de vivir. Me parece una propuesta muy evangélica. De hecho, todas las tradiciones religiosas han defendido a lo largo de los siglos la austeridad como un estilo de vida sobrio que evite el despilfarro y se solidarice con los que disponen de menos recursos.

Una de las tareas intelectuales más urgentes que desde posiciones anticapitalistas y ecosocialistas hemos de hacer es reconocer que las tradiciones religiosas son inmensos depósitos culturales de sabiduría para la organización de sociedades sostenibles. Y lo son porque son los marcos cosmovisivos e institucionales que han sido capaces, con muchas sombras pero también con muchos logros humanizantes, de hacerse cargo de la reproducción de la vida social en civilizaciones de base energética solar, y por tanto con una vida cotidiana mucho más austera.

De hecho, hay antropólogos materialistas que consideran que en la historia de las religiones el surgimiento de la llamada era axial (las religiones incruentas de amor al prójimo, como el cristianismo o el budismo, frente a las religiones cruentas que socializaban a los sujetos y sus valores en marcos guerreros) fue una respuesta cultural adaptativa ante escenarios de colapso ecológico por agotamiento de la productividad de la tierra y crisis del modelo social de los primeros imperios agrarios. Siguiendo a Lewis Mumford, al final de mi tesis doctoral especulé con la idea de que el cambio cultural ecosocialista puede surgir en las catacumbas del capitalismo como el cristianismo surgió en las catacumbas del Imperio Romano: haciéndose cargo de su colapso y efectuando un aterrizaje de emergencia, que sin duda en su momento minimizó los daños del hundimiento de Roma, y en el futuro podría funcionar de modo análogo. Y que por tanto un ejercicio comparativo-especulativo de nuestro presente con el origen del cristianismo puede ser muy interesante en términos de Gran Antropología o Gran Historia. Por lo que el reconocimiento del carácter evangélico de la propuesta de la lujosa pobreza no puede sino alegrarme, confirmando que ahí late una intuición que debe ser trabajada de modo más sistemático. En esa línea recomiendo el último libro de Jorge Riechmann, *¿Vivir como buenos huérfanos?*, de reciente publicación, que profundiza en las dimensiones emancipatorias de las tradiciones religiosas en lo que él llama el Siglo de la Gran Prueba (un siglo XXI amenazado de colapso socioecológico).

La idea de lujosa pobreza, esas experiencias que son materialmente y energéticamente austeras, pero que son capaces de experimentarse como formas de riqueza y plenitud que dan sentido a una vida, y que son fundamentales para ganar al ecofascismo la batalla cultural del deseo, puede que abra un camino fértil de colaboración intelectual y política entre cristianismo y ecosocialismo. Un camino que quizá se trata de un postergado reencontro: al fin y al cabo fue el mismo Owen, uno de los padres fundadores del socialismo, quien remarcó la profunda continuidad cultural entre ambos proyectos civilizatorios. Continuidad que durante el siglo XX fue eclipsada por la polarización de la lucha de clases y el papel institucional que jugó la jerarquía eclesiástica en la configuración de poder de los Estados nacionales capitalistas. Pero no es difícil hallar similitudes profundas, que a algunos nos hace interpretar, dicho en modo de caricatura simplificada, que el socialismo (y el ecosocialismo más si cabe, por su análisis de la trampa ecológica de la abundancia y sus énfasis

teórico en la idea de límite), es esencialmente el núcleo de la propuesta ética del cristianismo pasado por el filtro histórico de la Revolución Científica y la Ilustración.

Y por último, una pregunta más personal: Eres investigador y activista. Está relación es muy extraña en el mundo universitario. ¿Cómo compaginas los dos aspectos sin dejarte llevar, como tú mismo escribes, "por los ritmos casi industriales de publicación de artículos"?

Supongo que dedicando mucho menos tiempo del que debiera tanto a la investigación, como a la militancia, como a otras facetas de la vida mucho más importantes. Al final uno se va dando cuenta que una apuesta vital tan decidida por la militancia (que como toda apuesta real se hace a ciegas, con amor y sin cálculo coste/beneficio, vamos sin haberlo pensado mucho, solo sucede y se impone) tiene necesariamente contrapartidas. Yo hoy me descubro a mí mismo como un investigador no muy competente en términos académicos, que me cuesta y me va a seguir costando horrores hacer carrera profesional en un circuito tan enfermizamente competitivo como la universidad neoliberal. Al mismo tiempo, me he perdido muchos bellos momentos de activismo, de esos momentos dulces que justifican las horas y los años echados a ello, por ejemplo, durante los años de mi tesis doctoral (como el auge primaveral de las candidaturas municipalistas). También soy padre de un hijo de tres años, soy amante de mi mujer, soy amigo, soy hijo y hermano, tengo intereses más amplios a los que me gusta dedicar esfuerzos... Creo que de todas maneras este es un cuadro bastante extendido, en el que podrán cambiar las tensiones concretas pero no la situación general de imposibilidad de llegar a todo. Y que tiene que ver también con la precarización material de la vida cotidiana, la aceleración de los tiempos... ¿Cómo se compaginan estas vidas tan difícilmente vivibles? Imagino que nadando o ahogándote. Es curioso porque mi experiencia vital, al menos, está en las antípodas del sujeto racional de la elección libre del liberalismo que supuestamente promueve nuestro orden social. Si dejamos en paréntesis las obligaciones de la alienación social y la supervivencia capitalista con las distorsiones que introducen, que por suerte aun no lo ocupan todo aunque ocupen demasiado, yo siento que lo mejor de mí es una suerte de nudo de interdependencias pasionales donde el único margen de elección es reequilibrar la inercia que impone una pasión obsesiva escuchando la llamada de otra

pasión obsesiva. Por ejemplo, no seguir leyendo un buen libro o escribiendo un artículo para pasar la tarde jugando con tu hijo o para acudir a una asamblea con tu colectivo. Es un desequilibrio vital permanente donde se elige racionalmente muy poco y no se optimiza absolutamente nada. Pero yo al menos solo se entrever la felicidad en este estado de múltiple, y muy ineficaz (en términos capitalistas), convocatoria de pasiones, la mayoría de ellas compartidas con otros.

Muchísimas gracias y mucha suerte en vuestro interesante proyecto, Emilio.